



CAPÍTULO XXXIV

Muerte de la santa Madre de Chantal. — La Señora de Montmorency recibe su último suspiro.

— 1641 —

LA Francia, que había visto nacer á la santa Madre de Chantal, debía recoger su último suspiro, y para recibirle había preparado el Señor una mujer heroica, á la cual reservaba como primera recompensa de una virtud incomparable, el honor de cerrar los ojos de la Santa.

La señora duquesa de Montmorency descendía de la antigua familia romana de los Ursinos. Sobrina del Papa Sixto V; resobrina y ahijada de la Reina María de Médicis; de rara belleza y virtud precoz, había entrado á los catorce años de su edad en la ilustre familia de los Montmorency, la más antigua de Francia, emparentada con todas las casas reales, y cuyo grito de guerra era: «¡Dios ayude al primer barón cristiano!» Su marido, el joven Duque Enrique II de Montmorency, se mostraba ya como uno de los más ilustres guerreros de la época que había visto morir á Enrique IV, y veía nacer á Condé y á Turenne. A los diecisiete años era gran Almirante de Francia y gobernador del Languedoc; á los veinticinco batía á los Calvinistas por tierra y por mar, los arrojaba de la isla de Rhé, desmantelaba sus plazas

fuertes más importantes, en medio de los aplausos del Papa y de la cristiandad entera; y apenas de treinta y tres, recibía de manos de Luis XIII el bastón de Mariscal de Francia. Si colocáis á su lado, en 1628, á su joven esposa, célebre por su modestia como por su valor, llena de una inagotable caridad para con los pobres, gastando sus inmensas riquezas en remediar las miserias que la guerra trae consigo, comprenderéis el entusiasmo que excitaron los dos jóvenes esposos en el viaje que entonces hicieron á su gobierno del Languedoc. Se ha dicho que estas prosperidades extraviaron al joven duque de Montmorency, y también se asegura, lo que es más probable, que en aquel tiempo de turbación, como en todos los que se le parecen, era más difícil conocer su deber que cumplirle, y que el Duque creyó servir al Rey y á Francia oponiéndose al poder siempre creciente de Richelieu. Sea de esto lo que quiera, el duque de Montmorency acogió en su gobierno á Gastón, duque de Orleans, heredero presunto de la corona, y emprendió la lucha con el omnipotente ministro, pero sucumbió en ella. Le cogieron prisionero en la acción de Castelnaudary, y cubierto de dieciocho heridas, fué llevado ante el Parlamento de Tolosa, el cual le condenó á muerte, á pesar de las lágrimas de los testigos, de los soldados y de los mismos jueces, que le vieron marchar al cadalso con una grandeza de alma que arrancó gritos de admiración á todo el mundo. Los soldados que asistieron á su suplicio, entusiasmados con el espectáculo de su valor, quisieron beber de la sangre de este héroe, y en efecto lo hicieron, empapando después en ella la punta de sus espadas, como si esta sangre hubiera sido capaz de comunicarles la virtud del corazón de donde salía.

Después de este terrible ejemplar, todo tembló alrededor de Richelieu. La joven Duquesa, sumida en el dolor más amargo, se vió, para aumento de penas, abandonada de todo el mundo. Los unos cerraban á su paso

las puertas y ventanas de sus casas, por miedo de que se sospechase la conocían. Los otros, y precisamente los que habían sido sus mejores amigos, la calumniaban ante el Ministro, para hacer ver que no tenían comunicación alguna con ella. Se le reprendía hasta su llanto y desconsuelo. En fin, se dió orden para prenderla y llevarla con buena guardia al castillo de Moulins. En este cruel abandono, y en el momento en que tanta necesidad tenía de consuelo, le vino el pensamiento, que si el dulcísimo Obispo de Ginebra hubiera vivido, no la hubiera abandonado; y sabiendo que la Madre de Chantal estaba en Lyon, deseó verla á su paso por esta ciudad, á fin de encontrar en la hija los consuelos que el padre no le hubiera negado. Pero las órdenes implacables de Richelieu no permitieron á la prisionera ver á la Madre de Chantal, y sólo le fué posible enviar á su dama de honor á saludarla en su nombre. Se sentía indigna—decía la joven Duquesa—de conferenciar con una Santa, y de recibir por este medio algún alivio en sus penas, pero rogaba á la Madre de Chantal no la olvidase delante de Dios. Al instante le contestó ésta con una carta muy tierna, en que la aconsejaba se abandonase enteramente en manos de Dios asegurándole que sus desgracias serían como otros tantos escalones, por los cuales subiría á una grande perfección.

Esta predicción se cumplió en la soledad, donde nada venía á distraerla de su dolor. Sola con Dios y la memoria de su querido esposo, visitada únicamente por las torneras de la Visitación, que habían llegado á ser las limosneras suyas, porque por ellas distribuía á los pobres cuanto tenía, el alma de la duquesa de Montmorency maduró, digámoslo así, entre sus lágrimas. Cuando fueron y abrieron las puertas de su cárcel, ya no quería salir. «¿Para qué?—decía;—yo ya no vivo más que para Dios.» Salió, sin embargo, pero fué para entrar en una soledad aún más austera. Había en el cas-

tillo un gabinete obscuro, que no recibía más luz que la de los hachones, y que no tenía más adornos que un Crucifijo de marfil y un pequeño retrato en miniatura del duque de Montmorency: ésta fué su habitación ordinaria, y allí pasaba las horas y los días llorando, orando y perdonando. El duque de Orleans, que había arrasrado á la revolución al desgraciado duque de Montmorency, fué á verla, y quedó tan admirado de su palidez como encantado de su virtud. «Es una santa,» repetía sin cesar en la corte. Por último, en 1634, á pesar de las instancias del Rey, de la Reina y del duque de Orleans, que la llamaban á París, y por más que hizo el duque de Bracciano, su hermano, que deseaba fuese á establecerse en Roma, se retiró á la Visitación de Moulins, no para tomar el velo, en lo cual no pensaba entonces, sino como á un asilo en donde ya no veía el mundo, y en donde nada la impediría consagrarse á los grandes pensamientos de Dios y á la tierna memoria de su esposo. Las *Memorias* inéditas de la visitación de Moulins no concluyen nunca, contando su tenor de vida admirable, su sencillez, su humildad, su respeto á las reglas, su mortificación y las muchas limosnas con que socorría á los pobres. La Madre de Brechard le confió el cuidado de instruir á las novicias; la Madre de Chastelluz se puso bajo su dirección, y muy pronto veremos á la Madre de Chantal misma proclamar que era una verdadera santa, y que Dios la gobernaba visiblemente.

Lloraba siempre á su esposo, y le lloró toda su vida. Más de diez años después de la muerte del Duque se veía en su rostro, pálido y desfigurado, que la herida no se había cerrado. En 1642, al pasar Luis XIII por Moulins acompañado de su corte, lo primero que hizo fué enviar á saludar á la duquesa de Montmorency. Esta señora manifestó su admiración de que conservase el Rey la memoria de una mujer tan desgraciada como ella. «Señor—añadió dirigiéndose al enviado,—

cuando digáis á S. M. lo que os ruego le digáis, no olvidéis hablarle de lo que véis.» Y levantando el pañuelo que cubría sus ojos, le enseñó su rostro enflaquecido y surcado por las lágrimas. El Cardenal de Richelieu envió también á cumplimentarla. «Señor—dijo al enviado,—manifestad á vuestro amo que le agradezco mucho el honor que me dispensa, pero decidle también que mis lágrimas corren siempre.»

Muchos años después, Luis XIV, acompañado de su madre Ana de Austria, fué á ver á la Duquesa; y habiendo entrado en la pobre celda que habitaba, salieron llenos de veneración. «Nos enseñáis muy bien lo que Dios pide de nosotros—le dijo Ana de Austria,—por el desprecio que hacéis de la vida.» Y ya en el umbral del monasterio, señalándola á Luis XIV, que era muy joven aún: «No es necesario recomendaros que roguéis á Dios por mi hijo; porque sois parienta suya bastante cercana para que os intereséis por él.»

En medio de estas grandezas, lo que más admiraba en la duquesa de Montmorency era su profunda humildad. La reina Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo, fué á verla, y no podía contener después su grande admiración. «Nunca—decía—he comprendido la humildad que predica el Evangelio, como al ver á la duquesa de Montmorency.» Y entre las novicias del convento, había siempre el empeño de ver quién se humillaría tanto como la Duquesa (1).

Tal era la mujer á quien Dios reservaba el honor de cerrar los ojos á la santa Madre de Chantal. Si se exceptúa un rápido abrazo que estas dos grandes siervas de Dios se dieron en 1635, no se habían visto, y sólo se conocían por cartas. La duquesa de Montmorency, que

(1) *Memorias inéditas de la fundación de Moulins*, en folio.—*Historia de la vida de Enrique II, duque de Montmorency*, por Simón Dueros; París, 1643, en 4.º—*La vida de la señora duquesa de Montmorency*, por Cotelendi; París, 1684, en 12.º

tenía entonces cuarenta y un años, y que después de nueve de viudez se había decidido á tomar el hábito de la religión, deseaba vivamente recibir el velo de mano de la santa fundadora, y le escribía carta sobre carta, instándola á que fuese á Moulins. Esto era, sin embargo, imposible, al parecer. Por una parte las Hermanas de Annecy rogaban á la Madre de Blonay no diese su consentimiento, y ésta no estaba más dispuesta que el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra á dejar ir á la Madre de Chantal. Por otra, los principales de la ciudad decían en alta voz que en la extremada vejez en que se encontraba la Santa, si se moría fuera de Saboya, nunca ésta tendría su cuerpo, y enviaron una diputación al duque de Saboya para que prohibiese á la Madre de Chantal salir de sus estados. Pero como Dios había determinado en sus adorables designios que la santa viniese á morir á Francia, á pesar de todos los obstáculos, en el momento mismo en que se creía definitivamente negado el permiso para que saliera de Annecy, recibió la venerable Madre una orden para que inmediatamente se pusiese en camino para Moulins.

La despedida fué más triste que nunca; se han conservado las últimas palabras que dirigió á las Hermanas. Son cortas é interrumpidas, como todas las palabras que se pronuncian con emoción y son interrumpidas por sollozos.

«Mis muy queridas Hijas: os ruego que viváis todas en el amor de nuestro buen Salvador, y os améis todas en Él cordialísimamente. Que Él mismo sea el lazo sagrado de vuestra dilección. Honraos unas á otras, como dicen nuestras santas reglas, como que sois templos de Dios; y si lo hacéis así, queridas Hijas mías, vuestra unión será toda divina. Honraréis á Dios en vuestras Hermanas, y á vuestras Hermanas en Dios. Vivid todas unánimes, es decir, no tengáis todas sino un solo corazón y una sola alma en Dios. Encomendadme á este

Señor, queridas Hijas mías; á todas amo y á todas conozco. Me parece que os dejo á todas en gracia de Dios; ruego á su bondad os mantenga en ella y os dé su bendición. No os apartéis nunca de nuestras santas observancias. Adiós otra vez, mis muy queridas Hijas, adiós: no sé si nos volveremos á ver aún en esta vida; dejémoslo á la divina Providencia; si no es en este mundo, será en la santísima eternidad. Os veré muy á menudo en espíritu, porque os tengo muy presentes. No sé qué quiere decir esto, ¡pero las conozco á todas tan bien!...» (1)

No pudo proseguir, y cesando de hablar las abrazó á todas, diciendo á cada una al oído una última palabra para su perfección. Se notó que no lloraba, como lo hacía en otros viajes, en que nunca dejaba el monasterio sin verter lágrimas. Á una Hermana que le dijo: «Madre mía, ya no nos volveremos á ver.—Si, hija mía—le respondió sonriéndose.» Pero volvió á decir la Hermana: «Pedídselo á Dios.—No—dijo,—¡hágase su voluntad! Nos veremos en esta vida ó en la otra.» A otra persona que temía no volver á verla, le contestó: «Estad segura que viva ó muerta volveré aquí.» Y al señor de Piotton, que se admiraba de verla tan alegre en el momento en que iba á emprender tan largo y peligroso viaje: «Mirad, mi muy querido Hermano, yo no quiero más que la voluntad de Dios, y si supiera que ésta era el que fuese y me ahogase, ahora mismo iría á precipitarme en el lago.»

Al contento de hacer la voluntad de Dios yendo á Francia, se juntaba en el alma de la Madre de Chantal otra satisfacción que también era muy grande: la de ver en París á San Vicente de Paúl, á quien apreciaba mucho, conferenciar con él por última vez acerca de su

(1) *Capítulos inéditos de la santa Madre de Chantal*, en 4.º, 106. (Manuscrito de la Visitación de Dijón.)

interior, y aprender de este santo sacerdote la ciencia del bien morir.

Salió del monasterio el 28 de Julio de 1641, en medio de un gentío inmenso que obstruía la puerta y llenaba toda la calle. Hizo entonces una cosa que nunca había hecho: alargar sus manos á derecha é izquierda á cuantos querían tomárselas. Todos bajaban á la calle para despedirla; los enfermos hacían que los pusiesen á las ventanas para verla por última vez. «¡Ay!—dice la Madre de Chaugy,—¡no queríamos creer fuese la última vez! Esta digna Madre gozaba de una salud tan fuerte y vigorosa, que prometía una quincena de años de vida (1).»

Llegó á Moulins el 9 de Agosto de 1641, después de haber pasado por los monasterios de la Visitación de Rumilly, Belly, Montluel y Lyon, esparciendo por todas partes un olor de santidad, que hacía decir que nunca se había visto cosa semejante. La duquesa de Montmorency la recibió con tales muestras de veneración y alegría, que todos los historiadores renuncian á describir; y al punto estas dos almas, tan dignas de comprenderse una á otra, se unieron con tan dulce é íntima unión de corazones que, según expresión de la santa Madre de Chantal, eran inseparables é indivisibles. Tomando el velo había resuelto la Duquesa emplear una parte de sus bienes en fundar un monasterio de la Visitación en Tolosa, á fin—decía—de recoger en él á las Hijas de los que habían muerto á su marido, y la otra parte para la Visitación de Moulins. Pero la Madre de Chantal, que estaba próxima á la eternidad, y que temía para su Orden la mucha extensión y la demasiada riqueza, no quiso consentir en ninguno de estos dos proyectos, y exigió que todos los bienes de la Duquesa se devolviesen á su familia. Á esta primera renuncia de

(1) *Memorias*, pág. 274.

su voluntad, le hizo añadir otra segunda. Encontró un día á la Duquesa llorando con la memoria de su esposo, y no le dijo más que una palabra de resignación á la voluntad de Dios; pero esta palabra fué tan viva que atravesó el alma de la Duquesa, y encerrándose en su cuarto, tomó en sus manos el retrato de su esposo, aquel retrato único, regado con tantas lágrimas por espacio de diez años, y después de haberlo contemplado algún tiempo como para saborear la amargura del sacrificio que iba á ofrecer á Dios, le arrojó al fuego generosamente. La Madre de Chantal se admiró mucho cuando supo el acto heroico que no había ni aun propuesto, y entonces fué cuando dijo que era menester no mezclarse en la dirección de la Duquesa, que era una verdadera santa á quien Dios mismo dirigía visiblemente. Entonces fué también cuando, para recompensar á la Princesa su heroica generosidad, se sintió inspirada la Madre de Chantal á despojarse en su favor de un pequeño retrato de San Francisco de Sales que había recibido de mano del mismo Santo. Escribió detrás de la miniatura: «Bienaventurado Padre mío, alcanzad á la Duquesa el soberano amor de Dios, que fortalezca y regocije su buen corazón en todas sus aflicciones. *Amén, amén.*» La Duquesa recibió este regalo con grande alegría, y le guardó toda su vida como doble reliquia (1).

Mientras tanto, habiendo sabido la reina María Ana de Austria que la venerable Madre de Chantal había llegado á Moulins, deseó vivamente verla pronto, y la envió un caballero con la comisión de rogarla fuese á París tan luego como pudiera hacerlo. Al mismo tiempo la envió una litera, y cuando supo que la Madre de Chantal estaba cerca fué á recibirla en coche con sus dos hijos, el Delfín, que fué después Luis XIV, y el

(1) *Memorias originales de la vida de nuestra difunta y venerable Madre María Felicia de los Ursinos, viuda de Montmorency.* (Manuscrito de la Visitación de Annecy.)